

La docencia desde su dimensión personal

MARÍA GUADALUPE VALDÉZ DÁVILA
 LUIS OCTAVIO LOZANO HERMOSILLO, SJ
 ARTURO BENÍTEZ ZAVALA
 ANTONIO ORTIZ ISAAC

El sí mismo profesional en un sistema multidimensional que comprende las relaciones del individuo consigo mismo y con los demás "significantes" de su campo profesional. En la base del sistema están las imágenes, las actitudes, los valores, los sentimientos, las tensiones, las emociones, presentes en un nivel inconsciente, el enseñante no se permite reconocerlos como "suyos" por más que esos deseos, imágenes y tensiones constituyen su verdadero sí mismo.

Ada Abraham

Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir... Ese fragmento de la popular canción "Coincidir" nos permite ahora compartir con el lector la coincidencia de historias que se encuentran en un espacio configurado a partir de la elección que hicimos cuatro maestros al participar en un grupo de análisis y reflexión para ir comprendiendo los vericuetos y las implicaciones de un hacer profesional: la docencia.

En el verano de 1999 un grupo de docentes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) decidimos participar en el curso-taller "La recuperación de la práctica", ofrecido por el Diplomado en Desarrollo de Habilidades Académicas. El coordinador de ese espacio de formación, Eduardo Remedi, propuso dos formas alternas de trabajo. Las plenarios programadas en cuatro periodos intensivos en verano

e invierno y el trabajo semanal con subgrupos durante tres semestres, que estuvieron acompañados por un mediador.

La tarea en este espacio de formación se centró en la recuperación, el análisis y la reflexión de la práctica docente de quienes participamos en él.

La reflexión que hoy compartimos con los lectores forma parte de las vivencias y experiencias de uno de los subgrupos. Cabe señalar que este escrito no corresponde a la reflexión individual de cada docente sobre su práctica, constituye una mirada de lo que aconteció en la convivencia reflexiva del día a día a propósito de la tarea que ahí nos reunió.

Tres hombres y una mujer formamos un equipo; en apariencia había diferencias significativas: el sexo, la edad, la profesión, el rostro y la corporeidad de cada uno reflejaba un mundo particular, era difícil encontrar la semejanza, las diferencias eran lo que externamente se podía percibir.

La abogacía, el sacerdocio, la psicología y la educación se encuentran como profesiones. Su punto de encuentro es el hacer de cada uno. La docencia como acción nos unía; sabíamos de antemano que cada quien la ejercía con las herramientas socioculturales que poseía, producto de las respectivas historias personales, profesionales y laborales; ello marcaba aún más las diferencias.

Los primeros acercamientos estuvieron centrados en una tarea: la construcción de nuestros diarios, que nos seguían hablando de que existían

diferencias. La lectura del contenido de ese instrumento utilizado para la recolección de datos indicaba un estilo, una forma, una significación particular de hacerlo; cada quien aprehendía la realidad dentro de su propio marco de referencia; unos describían, otros narraban. El texto que se leía nos indicaba que unos hablaban luego de una reflexión que se entrecruzaba con las emociones que podía generar algo que sucedía en las aulas, mientras que otros nos centrábamos en los contenidos o los momentos de la secuencia de la sesión que reportaba.

No hay un modo único o correcto de hacer diarios, esta tarea es más artesanal, como las canastitas de Bruno Traven. No hay una serie ni un modelo que seguir, cada uno de los ahí presentes tenía que ir entretejiendo sucesos, hechos, ejemplos, reflexiones, anécdotas; estos elementos estarían ausentes o presentes en tanto fueran significando.

Cada uno de los cuatro tejimos nuestra propia canasta de significación, los aportes de y desde los otros fueron importantes, pero cada uno le fue dando un sentido personal a esta ayuda, al comentario, a la sugerencia, a la opinión, de tal modo que cada diario es una pieza genuina de colección; ninguno, aun con sus semejanzas en estructura, resultó igual a otro.

Las primeras reuniones tenían un referente: el diario. Si bien es cierto que ese instrumento metodológico era personal, la impersonalidad ahí estaba, era un objeto de conocimiento. Por eso las interacciones que se sucedían eran con el objeto y no tanto con el sujeto representado en él. Era mucho más fácil hablar del diario, de su contenido, de su estructura, que del sujeto que lo había confeccionado. Las sugerencias o retroalimentaciones que se recibían eran para el diario un poco como aquel refrán que dice: “te lo digo a ti, mi hijo; entiéndelo tú, mi nuera”.

Después del levantamiento de campo, de las idas a los salones, de las veces que escribimos en la soledad y que compartimos en el colectivo, llegó el tiempo del análisis especulativo, palabras que a más de uno le causaron incertidumbre: ¿el análisis?, ¿pero cómo?, ¿desde dónde? Tal vez estos y otros cuestionamientos que surgieron ante la nueva

tarea se desprendieron de una verdad que todos conocíamos pero no reconocíamos explícitamente; era el momento de encontrarse frente al espejo, en el cual nos teníamos que ver tal como éramos. Un espejo que difícilmente mentiría y encubriría, pues la imagen que iba a reflejar no sería distinta de lo que en realidad éramos y hacíamos.

Las primeras tareas de análisis se hicieron con un tipo de ayuda andamiada, un acetato que reflejaba un fragmento de un diario fue el instrumento común con el cual escudriñamos los significados en él presentes. Poco a poco, la superficie blanca de un pintarrón se empezó a teñir de color con los aportes de cada uno en función de lo que mirábamos en el texto; las significaciones se compartían, se escribían; todas ellas eran diferentes en cuanto a la forma, pero muy similares en el fondo. La realización del ejercicio de especulación en compañía, en colectivo, aseguró una certeza: sí lo podíamos hacer, todo era cuestión de retirarnos a la soledad para tener la posibilidad de entrar en el mundo de los sentidos, de las significaciones, sabiendo que lo que ahí encontraríamos podría resultar doloroso o satisfactorio. Esta tarea resultó, haciendo una analogía, como la entrada que hizo Alicia en el país de las maravillas, un mundo desconocido que ofrecía la posibilidad de enfrentar los miedos y los fantasmas persecutorios que, aunque conocidos en un tiempo, una edad y un espacio, se encontraban ocultos; tan escondidos que ahora, a la vuelta del tiempo, resultaban desconocidos.

Cada página del diario impregnada de tinta representaba un redescubrir, un volver a mirar un pasado que ahora estaba presente; el ayer y el hoy podían fundirse en una explicación, una interpretación.

El proceso de análisis se fue viviendo en dualidades, las certezas *versus* las incertidumbres, las alegrías *versus* las tristezas, los miedos *versus* las seguridades. De igual manera que construimos el diario, fuimos aprendiendo que el análisis interpretativo era muy personal, desde las significaciones individuales-colectivas que era difícil que alguien nos pudiera decir: ¡están mal!, ¡así no se hace! Este reconocimiento, que flotaba en el am-

biente en explícitos e implícitos, nos ayudó a desconfigurar, aunque fuera momentáneamente, el temor por aventurarnos a especular. Aunque, a decir verdad, la presencia de Eduardo Remedi estaba en el imaginario de cada quien; la fuimos sintiendo y palpando en simbolismos que se manifestaban en exigencias, cumplimientos y, por qué no decirlo, hasta en temores a fracasar en una tarea que era desconocida para la mayoría.

El avance en el análisis fue lento, cauteloso, pero también esperanzador. Situaciones que se compartían en relación con las actitudes de los alumnos iban gestando compañías; uno podía ver en el otro su propia vulnerabilidad, frustración y hasta la insatisfacción que producían las interacciones con los alumnos. Hasta se podía sentir un respiro de alivio que manifestaba: ¡no sólo a mí me sucede, no sólo yo lo vivo, ¡también a los otros les pasa!

El saber y reconocer que lo que “yo” vivo en el aula también lo vive el “otro” abría posibilidad de descubrir semejanzas en las diferencias individuales con las que aparentemente trabajamos en las primeras reuniones de grupo.

En las sesiones semanales que compartimos de junio a noviembre de 1999 hubo un tema que no se abordó ni por equivocación: las autobiografías. Si bien era cierto que en pláticas informales se llegaba a preguntar ¡y cómo vas con tu biografía?, también lo fue que el contenido de las mismas estuvo vetado para los demás, pues permanecía en una especie de caja fuerte de la que el dueño era el único que sabía su combinación y contenido.

Las historias individuales guardadas celosamente permanecieron ocultas. El reencuentro con Eduardo Remedi significó la apertura, la salida; se abrieron las tapas de las cajas de Pandora y aquel contenido que sólo conocía el dueño escapó de la individualidad y fue a parar al colectivo. La narración o descripción que se hacían de sucesos o situaciones de una historia compartida provocaba que los otros permaneciéramos en una escucha impactante; la mayoría bajábamos la cabeza y sólo de cuando en cuando dirigíamos una mirada que quería decir ¡estoy contigo! Este grito expresado en el silencio era el reconocimiento que hacíamos de nuestra historia en la historia del otro. La escu-

cha de esas narrativas orales hicieron surgir nuevas similitudes en el grupo; las diferencias que aparentemente se habían reconocido se fueron desdibujando, ahora se podía hablar de un grupo de individuos que nos parecíamos; teníamos un común denominador, una historia entrelazada con la función docente, una historia que anidó en cada uno de nosotros temores, miedos y frustraciones que favorecieron la presencia de autoimágenes y autoconcepciones inseguras y dependientes de los otros.

La autoestima ahora se convertiría en un común; por razones, circunstancias y experiencias diferentes vividas con la familia, los amigos, los maestros, cada uno fue teniendo un mismo saldo, la necesidad de ser conocidos y reconocidos por los otros: alumnos y compañeros académicos.

La autoridad asumida por el abogado, la excesiva planeación y organización del sacerdote, la ceremoniosidad, el respeto y cumplimiento del psicólogo, las obsesiones y los excesos de la educóloga, eran tan sólo las armaduras que usábamos para proteger un “yo” endeble y ansioso de confianza y seguridad.

Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir... Cuatro personas aparentemente tan distantes, tan diferentes unas de otras, logramos descubrir una semejanza que nos une, que nos junta en un entendimiento silencioso, en una lealtad de los unos a los otros precisamente por descubrir que los miedos son comunes, sólo que cada uno los esconde detrás de una armadura confeccionada con el paso del tiempo y en el espacio.

Es así como el grupo se encuentra en el mundo de los afectos, las sensibilidades y las emociones. El grupo de docentes que se reunió deja por primera vez la investidura de la función para convertirse en un grupo de personas que logran encontrarse en las adversidades que la vida fue mostrando a cada uno.

El encuentro del “yo” con el “yo” no fue un proceso fácil, los descubrimientos que se hicieron fueron en ocasiones dolorosos; sin embargo, sirvieron para reconocer que más allá del docente está la persona que siente, percibe y palpa el mundo con los anteojos que su historia sociocultural le asignó.

La presencia de la armadura en el grupo nos hizo recordar el título de un libro, *El caballero de la armadura oxidada*, que relata la historia de un hombre que logra cubrirse con un yelmo brillante y resistente para protegerse de las barreras que la vida le presentaba. La barrera más grande que tuvo que enfrentar fue su propia armadura, que le impedía conocerse y amarse a sí mismo para, a su vez, ser capaz de dar y recibir el amor de los demás.

Como el caballero, nosotros cuatro usábamos la armadura para enfrentar las batallas, que no eran otras que nuestros miedos, percibidos en el ambiente de trabajo: “el que los muchachos sintieran que nuestra clase era aburrida, que no llevaran el material o la disposición al trabajo, que pensarán que éramos maestros barco o que incluso se negaran a trabajar con las estrategias propuestas, argumentando que poca era la utilidad que veían en cuanto a temas relacionados con el hombre y su mundo”.¹

El trabajo que se realizó en el individual-colectivo nos ayudó a descubrir la presencia de esas armaduras; para hacerlo, analógicamente, seguimos los caminos y asumimos los retos que enfrentó el caballero de la armadura oxidada.

El camino a la verdad condujo al caballero hasta la cima de una montaña, en donde encontró tres castillos: el del silencio, el del conocimiento y el de la voluntad y la osadía.

Los cuatro miembros de este grupo transitamos por el camino de la verdad con el registro de los datos en los diarios. Todo un semestre, sesión tras sesión, fuimos registrándolos. En este proceso descubrimos que ese instrumento nos ayudaba a ir encontrando nuestro yo verdadero, cabalgamos en solitario; nuestros pensamientos, el lápiz y el cuaderno nos indicaban que había cosas, sucesos que no sabíamos, el contenido del diario nos llevaba a descubrirnos poco a poco.

El análisis del contenido del diario fue como estar en el castillo del silencio, sólo veíamos cuando comprendíamos las significaciones que se encontraban ocultas tras la palabra escrita. Hubo momentos en que la armadura seguía presente, era difícil quitarla para comprender. Al estar el “yo”

con el “yo” en el silencio que se requería para analizar, más de uno solicitó la compañía del otro para recorrer ese camino; sin embargo, pudimos darnos cuenta de que cuando estábamos con el otro tendíamos a mostrar nuestra mejor cara; esto no dejaba que nos quitásemos las barreras que estorbaban para que pudiéramos vernos cara a cara con la imagen que reflejaba ese espejo simbólico: el diario. El silencio era necesario para poder apreciar sin engañar a nadie, mucho menos para engañarse a uno mismo.

En este proceso de encuentro con el “yo” verdadero, ya sin la armadura, se tenía que visitar el castillo de la voluntad y la osadía. Lo que seguía era hacer uso de la escritura para plasmar en el papel los descubrimientos y las reflexiones sobre la aventura que habíamos decidido enfrentar: la recuperación, el análisis y la reflexión de nuestras prácticas docentes en el ámbito universitario.

Voluntad y osadía fueron dos elementos en la decisión de escribir, de comunicar. De antemano sabíamos que al hacerlo nos pondríamos en evidencia ya que la escritura es para el otro, para el lector.

¿Cómo empezar a hacerlo?, ¿por dónde?, ¿qué poner y qué omitir? eran tan sólo algunas de las preguntas que reflejaban nuevamente el temor al qué dirán y a perder la “imagen”.

No fue tan sencillo vencer este miedo. Optamos por pensar que lo escribiríamos para nosotros mismos; los otros no tenían por qué leerlo, y si lo hacían era porque habríamos tomado esa decisión, nadie nos obligaría a compartir aquello que era nuestro. Esta “justificación” permitió que el lápiz y la pluma se fueran deslizando poco a poco en el papel.

Escribir es un verbo aprendido desde los primeros años de vida. Cada uno de nosotros tenía esa habilidad, la había adquirido para escribir, narrar, parafrasear, evaluar; pero al otro, al autor, al compañero, al alumno, el libro o la revista, pero a uno mismo ¡no!

Escribir sobre uno, acerca de su persona e historia entrelazadas en la acción docente no era sencillo. Cada signo escrito representaba mostrar a los otros el espejo personal que lo reflejaba en su

desnudez; ya no había una armadura que nos protegiera de nuestros pensamientos, sentimientos y creencias. La escritura era el nuevo reto que vencer. Osadía y voluntad eran los ingredientes clave para cumplir el propósito de comunicar a los otros un hacer entrelazado con los más profundos sentimientos de la persona.

Claudicar era una palabra amenazante en este proceso: el camino parecía a veces tan empinado y escabroso que resultaba más sencillo decir ¡ya no!, ¡hasta aquí llegué!, ¿y para qué? Las faltas a las citas de los miércoles, día de reunión, hacían aparecer las excusas por el exceso de trabajo, las disculpas por no haber avanzado en la escritura. Fueron tan sólo algunas de las manifestaciones que se presentaban de la resistencia a comunicar los hallazgos que se encontraron a partir del análisis de los diarios.

El ánimo de todos se podía ver como cuando se observa un electroencefalograma; había crestas y valles, sólo que quien se encontraba en la cresta del ánimo ayudaba al que no la había alcanzado. Las ayudas, las porras y, por qué no decirlo, los chantajes emocionales fueron elementos clave para que las hojas blancas se fueran tiñendo de significados previamente reflexionados.

La escritura de cada uno se fue dando en un proceso análogo al desarrollo de un embrión. Los primeros intentos nos hablaban de un producto parcial que no tenía rostro ni cuerpo; si bien era cierto que cada uno tenía idea de lo que quería compartir, también lo era que esta esencia no tenía estructura ni forma. Con el tiempo y las lecturas que nos hacíamos unos a otros aquella esencia empezó a formarse, conformarse y reconfigurarse; una idea llevaba a otra; éstas se nutrían de los escritos de los diarios; las que se consideraban principales pasaban a ser el argumento de otra idea que se había gestado a raíz de la primera y ya podían considerarse como ideas secundarias.

De igual manera que las células se unen para formar tejidos, las ideas aisladas encontraban un cauce, se unían para ir conformando textos más completos, cada uno de ellos con un núcleo que les daba el sentido de su presencia en una determinada temática o categoría.

Tantos siglos, tantos mundos, tanto espacio y coincidir... Los cuatro que emprendimos un camino de búsqueda por los senderos de la práctica educativa descubrimos puntos de encuentro en los respectivos mundos privados, que dejaron de serlo cuando el contenido de nuestras conciencias fue puesto a disposición del otro.

Las apariencias, lo que perciben nuestros ojos y oídos en los primeros encuentros nos engañaron; recuerdo cómo cada uno se había formado una imagen del otro sin siquiera imaginar que aquella era una apariencia, tan sólo mirábamos una armadura. El tiempo y las interacciones ocu-



rridas en ellos nos permitieron tener una mirada más allá de la armadura, pudimos apreciar a la persona que siente y vive la docencia desde las preconcepciones, los supuestos y las creencias que se habían gestado en las historias de vida. Aprendimos a reconocer el significado de lo humano en nuestras acciones e interacciones cotidianas en el aula.

Los ires y venires entre las instancias lógico-racionales y las empíricas dieron la posibilidad de reconocer el peso del afecto y de los sentimientos en nuestra profesión. Encontramos que en la dimensión afectiva es donde se fermentan las necesidades, los sueños, los deseos, las ideas, pero también los fantasmas persecutorios.

Los cuatro, como individuos y personas que somos, conocemos, pensamos y sobre todo sentimos según el paradigma inscrito en nuestra historia sociocultural. Este paradigma de los afectos, los reconocimientos y las legitimaciones ha influido mayoritariamente en nuestros conceptos, percepciones, discursos y recuerdos, desempeñando un papel subterráneo que irriga el consciente de nuestras personas:

las creencias y las ideas no sólo son producto de la mente, son seres mentales que tienen vida y poder, de esta manera ellos pueden poseernos”.²

Las diferentes circunstancias socioculturales que vivió y significó cada uno se articularon en el espacio de búsqueda. Fue ahí, en una interacción simétrica, entre iguales, donde se logró la intersubjetividad en cuanto que conocimos, entendimos y comprendimos lo nuestro en el otro.

Los miedos, los deseos y las incertidumbres tomaron forma y consistencia. Los fantasmas formados en nuestros sueños e imaginarios se presentan en cada acción e interacción ocurrida en el aula y en otros escenarios de actividad.

Al inicio de esta aventura unos y otros nos mirábamos, pero los lentes con los que lo hacíamos no eran tan potentes para descubrir en el otro un falso imaginario, conformado por las apariencias. Curiosamente, uno veía en el otro las fortalezas, que a su vez cubrían las debilidades; veíamos

las certezas, que muchas veces eran el escudo de la inseguridad. Los dichos populares “no todo lo que brilla es oro”, “las apariencias engañan” y “dime de qué presumes y te diré de qué careces” sirven ahora para que el lector pueda apreciar la manera en que los integrantes de este grupo nos fuimos descubriendo poco a poco; la hoja de oropel, hierro o plata con la que nos fuimos envolviendo en el transcurso de nuestras vidas tan sólo era una apariencia que en la superficie comunicaba al otro lo que no éramos.

Aceptar lo que es cada uno implicó la redefinición de una postura; la lucha no debería ser desde una dimensión heliocéntrica; tocaba ahora emprender un geocentrismo; las búsquedas, incertidumbres y angustias tenían una respuesta, el cambio tan ansiado tendría que darse desde adentro de nosotros mismos.

Buscamos en forma inadecuada la aceptación, el cariño, el amor y el reconocimiento, ya que tan sólo buscamos en la unilateralidad. Queríamos que el otro nos diera lo que nos habíamos estado negando a nosotros mismos.

Este proceso de darnos desde el “yo” para recibir, también desde el “yo-otros”, constituye uno de nuestros retos, ahora sabemos que esto sólo será posible cuando aprendamos a mirarnos también desde la perspectiva de nuestros aciertos.

Esta historia de un colectivo no hubiera sido posible sin la decisión que tomamos de hablarle al otro, aunque en el fondo reconocemos que esa habla fue egocéntrica, en el sentido de que cada uno le habla a su “yo” mediante un habla social. Hablarle al otro significó la posibilidad de la autoescucha.

*Tantos siglos, tantos mundos,
tanto espacio y coincidir...*

Notas

1. Testimonio de un docente
2. Edgar Morin. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, UNESCO, París, 1999.